

## Prólogo

*Areverse a cambiar de rumbo*

«La aventura puede ser loca pero no el aventurero.» Esto lo dijo el escritor inglés G. K. Chesterton. Y es verdad. Alejandro Magno fue grande porque encabezaba todas las batallas; Colón no sería el descubridor de un continente si no hubiera dirigido la nao Santa María hacia el horizonte, ni sabríamos, quizá, que la tierra es redonda si Galileo no se hubiera atrevido a decirlo en su momento. A ninguno de ellos lo define la locura y sin embargo hay algo que les une íntimamente y que es responsable de que grabaran sus nombres en la Historia de los hombres. Bien es cierto que este tipo de proezas están fuera de nuestro alcance pero, para nosotros, los retos con los que vamos construyendo nuestra vida son idénticamente importantes y nos hacen las personas y los profesionales que somos. Por la misma regla de tres, la autora de este libro no tendría tanto mérito si ella misma no hubiera sido la primera en aplicarse este delicioso cuento que hoy publica y en encerrar en él toda su experiencia para ayudar a los demás. Si no se hubiera «atrevido» a destilar como un alquimista todo lo que lleva años aprendiendo sobre la comunicación —tanto con uno mismo como con los demás—, en un libro lleno de sencillez, cuyo fondo puede aportarnos algo de luz en un momento en que caminamos entre tinieblas.

Jorge, un hombre tan perdido como puedan ahora estarlo muchos, le pide un consejo al anciano Carlos para salir del pro-

fundo agujero donde se encuentra. Y éste le lanza una palabra mágica, una de ésas que funciona con multitud de hechizos:

Atrévete.

Y, sin embargo, al contrario que otras palabras mágicas, ésta no hace realidad un deseo pero sí es la llave que abre la puerta para conseguirlo. Lo demás, como veremos, depende sólo de nosotros mismos.

Por eso Juana Erice es una atrevida, sí, y lo digo con conocimiento de causa: porque en un momento en el que todo el mundo te dice que no se puede, ella se «atreve» a decirte que es posible. Tiene el atrevimiento de decirnos lo que nadie ahora mismo nos dice, que «no hay que tener miedo a volar», pero también que «en la vida volamos solos», que «no hay seguridades», que para atreverse hay que saber gestionar el miedo, porque nadie nos ha enseñado que la incertidumbre va a ser siempre, hagamos lo que hagamos, nuestra infatigable compañera de viaje. El aventurero, como aquellos que se lanzaron a descubrir otros mundos, fórmulas y conocimientos... tiene que ser un atrevido. Y este libro te invita a reflexionar sobre algo que nunca nos preguntamos: ¿qué nos impide ser capaces de lanzarnos a la aventura cuando nuestra vida nos hace infelices? ¿Por qué no nos atrevemos a cambiar de rumbo?

«La aventura puede ser loca pero no el aventurero.» ¿No es más loco el que decide seguir por la misma senda que le lleva a la autodestrucción?

Tengo la suerte de haber conocido a Juana trabajando, de ser testigo de su gran capacidad para ayudar a los demás a conseguir sus metas e, incluso, de haberme beneficiado de sus conocimientos en comunicación cuando he tenido que enfrentarme a grandes retos. Como su *coachee* y su amiga, he visto transformar la actitud de personas que jamás pensé que se atreverían a sacar todo aquello que llevaban dentro para avanzar personal y profesionalmente. Y ahora tenemos la suerte de

## Prólogo

ver publicado *Atrévete*: un libro que considero un acierto ya que, a través del filtro de la ficción —un desierto que te obliga a escucharte en silencio, un maestro que te enseña a despedirte...— muchos lectores podrán acceder a algunos de esos consejos que nos da Juana Erice y que a tantos nos han sido útiles, personal y profesionalmente.

Porque no es suficiente querer ayudar, hay que saber hacerlo. No es suficiente saber qué tecla está desafinada, hay que saber cómo afinarla y, lo más importante, Juana nos invita a que cada uno sea capaz de interpretar su propio concierto.

Si hay algo que en estos años he aprendido a su lado es que, por mucho que nos empeñemos en distinguirnos por fuera, somos demasiado parecidos por dentro. Esa es una verdadera lección de humildad: soñamos el mismo sueño, tenemos los mismos miedos. Por eso, *Atrévete* es un libro para todos, una palabra mágica válida para muchos hechizos. Una historia escrita con generosidad y energía, que invita a no rendirse y que sólo podría haber sido escrita con el atrevimiento de quien conoce, por experiencia, la capacidad de reinención del ser humano.

**Vanessa Montfort**  
Escritora y periodista



## Jorge

*Me asfixio*

«Por favor, no subas las persianas. Dame cinco minutos más. No quiero ver la luz. Prefiero quedarme así, tranquilo, sintiéndome seguro. No levantes las persianas, por favor. ¿No me estás oyendo? No quiero que la luz del sol roce mi vida gris. No quiero vestirme; volver a fingir que sonrío; volver a fingir que todo se va a resolver o que no pasa nada. Ignoro el momento en el que traspasé la delgada línea que existe entre lo que deseas y lo que te imponen. Ignoro cuándo comenzó a acecharme el miedo. Sólo sé que estoy sin trabajo. Sólo sé que mi futuro es negro y desconcertante. ¿Alguien puede ayudarme? Me asfixia el aire que respiro. Me asfixia la vida que llevo. Me asfixia el miedo. Me asfixio.»

## Un callejón sin salida

*La vida cambia en unos segundos y cuando nos damos cuenta ya es demasiado tarde*

Él no lo vio. No vio el semáforo. No captó su aviso. No vio una oscura sombra. No pudo distinguir al hombre que apareció de la nada cruzando la carretera a toda velocidad, ni escuchó el grito aterrado de un espectador que asistía al desastre como si fuera una absurda y desagradable película de acción. No supo anticipar lo que iba a suceder porque el exterior había dejado de existir. Iba inmerso en sus pensamientos. Conducía como un autómatas de vuelta a casa después de un día lleno de entrevistas fallidas y de desazón.

El final fue inevitable. Duró décimas de segundo. Un frenazo en el último momento, la terrible certeza de no poder volver atrás y un impacto brutal. Un impacto sordo, hueco, frío, con un ruido desconocido e indefinible, imposible de olvidar. Lentamente, llegó la incredulidad, el dolor, la parálisis. Jorge temblaba como un niño al compás del tétrico ruido del limpiaparabrisas, mientras las luces de su coche iluminaban el grotesco escenario. Un hombre mayor yacía tumbado en la carretera rodeado de cristales. Parecía un muñeco de trapo colocado en una absurda postura.

Salió del coche arrastrándose y se arrodilló junto al anciano. Imágenes grotescas pasaban a una velocidad endiablada por su cabeza: la policía, un desenlace final fatídico y él reprochándose su falta de atención.

—Tranquilos. Soy médico. No lo mueva —dijo un hombre de voz muy grave.

—¿Ha muerto? —el corazón parecía que se le iba a salir del pecho.

—No, no ha muerto. Tiene pulso. ¿Ha llamado alguien a una ambulancia?

—Sí —respondió un joven, mientras mostraba asustado su móvil.

—¿Por qué ha perdido el conocimiento? —susurró Jorge encogido. Las manos le temblaban como una hoja de papel y estaban completamente congeladas.

—Puede ser por la caída. Habrá que llevarle a un hospital y allí le harán un diagnóstico más preciso.

El estridente sonido de una ambulancia interrumpió la conversación. Jorge respiró una bocanada de aire. Sus sentidos estaban embotados, eran incapaces de dirigir una mente que parecía un caballo desbocado. La ambulancia frenó en seco y dos camilleros bajaron rápidamente. Apartaron a todos los transeúntes y tomaron las constantes vitales del anciano.

—¿Conoce alguien a esta persona?

—Yo he sido quien le ha atropellado —contestó sin escuchar la pregunta.

—Suba —le contestó uno de los camilleros.

—No puede subir. Primero deberá prestar declaración —le contradujo un policía de casi dos metros de estatura que pareció salir de la nada.

Conocía ese sentimiento de culpabilidad. Ya lo había visto otras veces. Eran momentos difíciles en los que la vida de una persona cambiaba en décimas de segundo. No existía la posibilidad de deshacer el accidente, ni de retroceder en el tiempo. Entonces llegaban los reproches: ¿por qué?, ¿cómo no lo he visto?, ¿lo hubiera podido evitar?

El policía tomó del brazo a Jorge y se lo llevó con firmeza lejos del gentío. Luego llegaron las preguntas, muchas preguntas. Quería saber si había bebido, por qué no había respetado la señal de *stop*, de dónde venía, a dónde se dirigía, quién era, cuántos años hacía que tenía el carnet... Jorge contestó como un autómata mientras su mente se encargaba de reproducir a tamaño gigante la imagen del anciano atropellado a los pies de su coche. Después de asegurarse de que no tenía antecedentes policiales le dejaron marchar, no sin antes advertirle que estuviera localizable y que no abandonara la ciudad.

Cuando todo terminó, decidió ir al hospital donde habían ingresado al anciano. Acababan de subirle a la planta tercera. Habitación 346. Caminó por el aséptico y largo pasillo hasta llegar a una puerta de un color gris apagado. Llamó suavemente. No se escuchó ninguna respuesta. Volvió a llamar.

—¿Hay alguien? —susurró avergonzado, entreabriendo la puerta y sin atreverse a entrar en la habitación.

El anciano abrió lentamente los ojos.

—¿Dónde estoy? —masculló aturdido, mientras miraba a su alrededor.

—Tranquilo. ¡Chiss! —le tranquilizó Jorge poniéndose los dedos sobre los labios—. No hable. Ha tenido un accidente.

—¿Cómo ha sucedido? ¿Cómo he llegado hasta aquí? —preguntó removiéndose con un gesto de dolor.

—Lo siento mucho, le he atropellado sin querer. No he podido hacer nada... —dijo impotente, arrastrando las últimas sílabas.

—Ahhh —dijo el anciano comprendiéndolo—. Tranquilo. Creo que de ésta no me muero —dijo, con un irónico sentido del humor. Luego tomó aire y permaneció en silencio unos segundos—. Soy Carlos Ugarte, ¿cómo te llamas?

—Me llamo Jorge... Jorge Andrade —le costaba pronunciar su nombre.



El hombre puso su mano sobre la de él. Podía intuir que el sufrimiento de aquel hombre iba más allá del accidente.

—¿Cómo podría compensarle? ¿Qué puedo hacer por usted? —le preguntó Jorge, recuperándose.

—Primero tutéame.

—Cuente..., perdón, cuenta con ello.

Se hizo un silencio entre los dos.

—¿Quieres que avise a alguien para que venga al hospital? —le preguntó Jorge.

—No podrás hacerlo, no tengo a nadie —contestó, mientras incorporaba levemente la cabeza.

—Lo siento.

—No lo sientas. He sido muy feliz —replicó mirándole fijamente. Era una mirada valiente y solitaria—. En realidad, lo tuve todo y cuando la vida se complicó, no supe reaccionar —dijo el anciano con voz cansada, mientras sus ojos se cerraban un instante.

—Eso nos sucede a todos —dijo Jorge frotándose los ojos con rabia.

En aquel momento el anciano observó las profundas y amoratadas ojeras que dominaban la mirada de Jorge, bajo unos ojos que destilaban cansancio y angustia.

—¿Estás bien?

—Es curioso que me hagas esa pregunta. Creo que la debería hacer yo.

—No te veo muy bien.

—La verdad es que no. No, no lo estoy.

—Realmente tienes muy mala cara. ¿Es por lo que acaba de suceder?

—Sí y no. Es que parece que todo me sale mal. Es demasiado largo de explicar. Nada tiene sentido...

El anciano se incorporó levemente de la cama y observó con ojos inquisitivos a su acompañante. Permaneció unos se-

gundos dubitativo, como si estuviera valorando algo con mucha exactitud.

—Imagino que hoy me harán algunas pruebas en el hospital y luego me dejarán en observación —dijo lentamente—. No te preocupes, no ha sido para tanto. ¿Por qué no vienes mañana a verme y me cuentas qué te sucede? Quizá pueda ayudarte.

—¿No es extraño que intentes ayudarme?

—Puede que sí —respondió el anciano sonriendo.

—¿Por qué deseas ayudar precisamente a la persona que te ha atropellado?

—Porque, aunque no lo creas, me has hecho entender que deseo vivir y te lo debo. Tengo la impresión de que te encuentras ante un callejón sin salida. Veo miedo en tus ojos, percibo tristeza y un atisbo de desesperación, pero sobre todo y por encima de todo, creo que eres una buena persona que necesita apoyo. Todos necesitamos ayuda en algún momento, pero creo que tú la requieres especialmente ahora. ¿Te parecen razones suficientes?

—Sí, creo que sí.

—Te espero mañana.

—Muchas gracias. Vendré sin falta.

# Carlos

*Mirar hacia el pasado reiteradamente  
te impide vivir el presente*

Carlos miró con tristeza a través de la ventana del hospital. Miraba hacia atrás, hacia su pasado; hacia lo que no hizo; hacia lo que había quedado pendiente; hacia lo que hubiera deseado terminar.

Últimamente todo sucedía a una velocidad que escapaba a su entendimiento; la Navidad se unía a la primavera y ésta al verano; después llegaba el otoño y a continuación, la nieve y el invierno, cuyos días se fundían como si fueran los de una sola semana. La realidad es que los días devoraban el tiempo y él no podía detenerlos.

Hacía muchos años que había abandonado sus sueños. Él, que había sido un importante ejecutivo de la industria del gas y del petróleo, había roto con su futuro. Él que había sido aclamado a nivel internacional por su sagacidad en los negocios, por su conocimiento de otras culturas y por su pasión por lo que hacía, se había enterrado en un pequeño pueblo del norte de España. Él que había viajado por todo el mundo: Turquía, Irán, Afganistán, Líbano, Tailandia, Rusia, Canadá, Brasil... renunciaba a su trayectoria como castigo por un hecho que nunca se pudo perdonar.

Abandonó su futuro para enterrarse en el dolor. Abandonó su vida y renunció a su trabajo, dejó de conocer nuevas culturas, dejó de crecer. Lo hizo por un accidente en el que él no

tuvo ninguna responsabilidad. Sin embargo, la mente se confunde cuando trata de entender las emociones. La mente se culpa y busca argumentos absurdos, mientras el corazón sufre.

Pero todo había cambiado. Estaba en Madrid, por fin se había atrevido a regresar a su ciudad y además, había estado a punto de morir. Al ver las cegadoras luces del coche sobre él, curiosamente no sintió miedo. Tan sólo sorpresa. ¿Iba a terminar su vida en aquel instante? Cuando recibió el impacto del coche sobre su cuerpo, no sintió dolor. Tan sólo una profunda conmoción. Un golpe seco que le despertó de su letargo. De una horrible pesadilla en la que estaba atrapado. Mientras le llevaban en la ambulancia al hospital, no tuvo miedo, quería vivir. Aunque pareciera una incongruencia, le debía la vida a Jorge. Atropellándole le había hecho entender algo que en mucho tiempo no había sido capaz de descubrir: estaba vivo y deseaba estarlo. Iba a hacer todo lo que estuviera en su mano para ayudarlo. Se lo debía.

## El primer paso

*Nuestro pasado jamás termina,  
teje el presente y decide el futuro.*

Jorge llegó temprano a la habitación del hospital. Sus ojeras se habían intensificado y su voz, sin fuerza y cansada, hablaba más que sus tímidas palabras. A petición de Carlos, comenzó a contarle su historia desde el principio.

Tenía pocos recuerdos de su infancia, pero algunos eran muy vívidos. Recordaba una enorme cama con un colchón mullido de lana que le abrazaba dándole seguridad cada noche, cuando su madre le arropaba bajo el peso de las mantas. Recordaba el crujir del piso de madera de la enorme casona en la que vivían, en un pequeño pueblo perdido de los Pirineos.

Recordaba también las meriendas de los largos y duros domingos de invierno; el olor a chocolate recién hecho y el calor que salía del horno donde se cocinaban unos pasteles que hacían huir las tinieblas e incluso al tiempo; las campanas de la iglesia, el ruido de las calles adoquinadas, las noches estrelladas, la fuerza del viento, el sonido del río, sus amigos, jugar en la calle hasta altas horas de la noche... Pero por encima de todo, recordaba calor y mucho, mucho cariño.

Había tenido la suerte de nacer en una familia que esperaba su llegada con emoción. Tardó en hacerlo, pero cuando por fin nació, descubrió un universo de ternura y de cariño esperándole. Cada paso que daba, cada avance que hacía era celebrado. Esto le llevó a pensar que la vida, su vida, era maravillosa.

Jorge era el hijo único de un maestro de escuela y de una madre abnegada, volcada en él. Sus días, como todos, estaban llenos de rutinas y de aventuras. Las rutinas giraban alrededor de la escuela y las aventuras, siempre estaban relacionadas con sus amigos. Con ellos se refugiaba en una pequeña cabaña que habían construido en lo alto de un árbol. Allí leían historias de miedo, construían coches con latas viejas y tallaban figuritas de madera que vendían a los turistas.

Sin duda se sentía parte del lugar en el que vivía. Era feliz con su vida, con su familia y con su pueblo. Cada día era largo, intenso y diferente. Aun así, parecía que nada iba a cambiar. El pasado terminaba en el presente y el presente, sin que nadie fuera capaz de sospecharlo, decidía el futuro.

Pero el dolor suele aparecer cuando menos lo esperamos. Es invisible y hondo, cambia definitivamente nuestra vida, penetra hasta el último resquicio del alma y nos hace descubrir la crudeza del mundo y la enorme capacidad del ser humano.

Jorge perdió a sus padres en un accidente de tráfico a los ocho años. Era el día de Nochevieja. Una noche en la que la gente se llena de buenos propósitos y decide comenzar el nuevo año prometiéndose cosas que nunca cumplirá. Sin embargo, ese día marcó un antes y un después en la vida del niño. Sus padres volvían de una fiesta en casa de unos amigos y un conductor borracho, los atropelló. Los dos murieron. En aquel mismo instante la vida del chico se rompió en añicos. Se rompieron sus recuerdos. Se rompió su seguridad y cómo no, se rompió su alma.

A partir de este momento todo cambió radicalmente. No le quedó más remedio que trasladarse a vivir a Madrid con el hermano mayor de su madre y decir un largo adiós a su infancia y a su vida anterior. Tuvo que aprender a vivir en una ciudad; aprender a tener nuevos amigos; aprender a formar parte de una nueva familia y, sobre todo, tuvo que aprender a olvidar.

Necesitó tiempo, lágrimas y muchas noches sin dormir. Tan sólo tenía ocho años, ocho años llenos de cariño y de dulzura, ocho años repletos de ilusión y de ingenuidad, y ahora estaba solo, completamente solo. ¿Cómo iba a continuar? Nada tenía sentido, no sabía qué hacer, ni cómo olvidar. Pero el tiempo le ayudó a matizar su dolor. Con mucho esfuerzo, consiguió sobreponerse y borrar su pasado. Pudo hacerlo gracias a su tío, un hombre que le rescató de la tristeza y del desconsuelo. En medio del sufrimiento, le hizo creer que la vida ofrece segundas oportunidades y lentamente, muy lentamente, consiguió sacarle del abismo en el que se había hundido.

Al principio no podía hablar, pero su tío estaba a su lado en silencio. Le apoyaba en silencio. Le quería en silencio. Poco a poco, llegaron las lágrimas y con ellas las primeras palabras: el desengaño, el miedo, la incredulidad... El tiempo y el cariño se encargaron del resto e hicieron que el daño se extinguiera poco a poco, dejando paso a una nueva vida. Una nueva vida marcada por otra familia, otro entorno y otras oportunidades. Podía decirse que tenía dos padres: el que murió, un hombre intelectual, un poco chapado a la antigua y muy conservador y el actual, un emprendedor con una enorme visión para los negocios. También tenía dos madres: de la que había nacido, entregada, abnegada y silenciosa, y la actual, dulce, inteligente y decidida. Ella siempre le decía que les había devuelto la vida. Sus tíos habían intentado tener hijos durante algo más de veinte años, pero nunca llegaron. Consultaron a todo tipo de médicos e incluso viajaron al extranjero, donde decían que existían unas técnicas mucho más desarrolladas. Sin embargo, todos los intentos fueron infructuosos. Por esta razón, la llegada del chico a aquella enorme casa de la ciudad fue una chispa de ilusión que, a pesar de la tragedia, logró iluminar el ambiente que reinaba en aquella casa. Fue una chispa que, poco a poco, creció en tamaño y en

confianza y que devolvió a sus mentores, con creces, todo lo que ellos le habían dado.

Como es de suponer, sobrevivió a la tragedia y supo comenzar de nuevo. Fue a un magnífico colegio, recibió la mejor educación y obtuvo muy buenas calificaciones. Se lo debía a sus padres, a los pasados y a los actuales. Era consciente de que era un afortunado y, como consecuencia, debía estar a la altura de las expectativas que sobre él habían depositado.

Una lluviosa tarde de noviembre en que se encontraba sentado junto a su tío en el salón de su casa, Jorge levantó la cabeza y le miró fijamente. Aquel día cumplía dieciocho años. Llevaba mucho tiempo dándole vueltas a una idea que no podía quitarse de la cabeza e, incluso se despertaba por las noches pensando en ello.

—Si tuviera que pedirte un consejo para ser feliz en la vida, ¿qué me dirías? —le preguntó. Sus ojos brillaban. Confiaba en él. Le admiraba. Jamás le había fallado.

Su tío permaneció en silencio unos instantes. Sonrió recordando el pasado, pues él ya había vivido antes esta situación.

—Te voy a decir una sola palabra que hace algún tiempo me transmitió mi padre, tu abuelo. De alguna forma ha sido la responsable de labrar la fortuna de nuestra familia. En ocasiones es difícil de realizar porque implica asumir riesgos y abandonar comodidades.

—Dime cuál es —le apremió inquieto, acercándose a él.

Un silencio se hizo en el salón. Su tío estaba recordando. Sus ojos se nublaron y una sonrisa de reconocimiento le iluminó la cara:

—Es muy sencilla, pero es tremendamente poderosa: *Atrévete*.

Aquella noche no pudo dormir. Estaba intranquilo. Recordaba la conversación con su tío. Sus palabras se le habían quedado grabadas en el alma: «Muy poca gente conoce el valor de



atreverse. La mayoría tiene miedo —le había explicado—. Si eres capaz de hacer caso a lo que deseas, a lo que te dicta tu corazón, triunfarás. No va a ser sencillo. Nunca lo es. Tendrás que superar muchos obstáculos, pero si perseveras y confías en ti mismo, llegarás lejos. Incluso más lejos de lo que puedas imaginar ahora».

Sabía que iba a tomar una decisión importante para su vida. Cuando amaneció, ya la había tomado. En ese mismo instante, se le quitó un enorme peso de encima. Se levantó sereno y sonriente. Por primera vez en mucho tiempo se sentía tranquilo. Él no iba a dirigir la fábrica de la familia. Éste era el sueño secreto de su tío, sin embargo, no era el suyo. Su sueño era convertirse en un gran arquitecto. Lo había imaginado desde que era un niño. Quería atrapar la belleza, ser capaz de construir edificios que dejaran un legado, que rompieran paradigmas. Quería averiguar quién era y qué buscaba.

La decisión fue dura. Implicaba abandonar todo y comenzar una nueva carrera. Implicaba abandonar Madrid para irse a otra ciudad. Dejar a su familia, dejar su cariño, su protección... A él siempre le había atraído Florencia.

Nada más levantarse fue a ver a su tío. Él le observó en silencio:

—¿Ya lo has decidido? —le susurró con tristeza.

—Sí.

—¿Te vas?

—Así es. ¿Cómo lo sabes?

—Lo llevo sabiendo desde hace unos meses. He aprendido a conocerte. ¿Qué vas a hacer?

—Quiero ser arquitecto. Es mi pasión —contestó Jorge.

—¿Y qué pasa con la fábrica de la familia?

—No sería feliz. No puedo hacerlo. Debo ser sincero contigo y conmigo mismo.

Su tío le escuchó callado. Le quería demasiado. Siempre le

## ATRÉVETE

había querido aun cuando sabía que algún día se marcharía de su lado. Ahora había llegado la hora de dejarle volar. Le dio un abrazo y le dijo suavemente al oído:

—No lo olvides nunca: *Atrévete*. Si lo haces, llegarás a ser feliz.

Su voz se quebró y no pudo ver que Jorge también estaba llorando.

---

Atrévete a dar el primer paso

---